La enciclopedia del chavismo o hacia una teología del populismo

COLETTE CAPRILES*

Resumen
En el contexto de un período que culminará en un evento electoral, el gobierno de Hugo Chávez ha acelerado un proceso de reconfiguración ideológica que ha enfatizado el carácter "revolucionario" y "socialista" del proceso político que encabeza. Este artículo examina este giro intentando aportar elementos para juzgar cómo se establecen los nexos de continuidad entre esta reformulación ideológica y la estrategia populista con la que se ha caracterizado a dicho proceso.
Palabras clave: populismo, socialismo, Venezuela, ideología.

Abstract
In the context of a period to finish with an electoral event, the government of Hugo Chávez has accelerated a process of ideological reconfiguration which emphasizes the "revolutionary" and "socialist" character of the Venezuelan political process. This paper examines this shift, with the intention of contributing elements to assess the establishment of links of continuity between this ideological reformulation and the populist strategy that has characterized the said process.
Key words: populism, socialism, Venezuela, ideology.

* Psicóloga social, magister en filosofía, candidata a doctora en filosofía, Universidad Simón Bolívar. Profesora en la Universidad Simón Bolívar, Caracas.

¿O no es un hecho muy simple el que todo régimen político se transforma a partir de los que detentan el poder, cuando entre ellos mismos se produce la disensión, y que mientras están en armonía, por pocos que sean, es imposible que cambie algo?

PLATÓN, *República*, 545b

Introducción: ¿un giro lingüístico?

EL FANTASMA QUE RECORRE EL PAÍS APENAS TIENE NOMBRE: socialismo del siglo XXI. Su figura permanece convenientemente difusa, como aquellos ectoplasmas de Kardec que se hacían visibles sólo para los devotos pero que informaban de su presencia con toda clase de sonoros estremecimientos dirigidos a los escépticos. Pero hoy, la silueta espectral ha pasado a la esfera de la conciencia pública, en la medida en que el transcurrir político venezolano parece caracterizado por un despliegue ideológico sin precedentes en nuestra cultura política reciente. La coyuntura de las elecciones presidenciales de diciembre de 2006, por una parte; ciertas circunstancias geopolíticas, por otra; y finalmente, la dinámica propia del ejercicio del gobierno y la decantación que ha llevado consigo, configuran las condiciones para esta explosión discursiva que pone de manifiesto lo que podríamos llamar, inspirándonos en Roland Barthès, la *enciclopedia* del chavismo: el conjunto de sus coordenadas doctrinarias y su uso (y abuso) ideológico.

En lo que sigue pretendo señalar algunos rasgos de este giro discursivo y político intentando comprender su relación con la caracterización general del gobierno chavista como un régimen de tipo populista (Arenas, 2006). Para ello analizaré primero brevemente algunos rasgos esenciales de este proceso de exacerbación en el uso del vocabulario del "socialismo del siglo XXI", mostrando que ello obedece a una lógica funcional: no es el resultado de un asentamiento doctrinario, sino de un efecto de ideologización acelerada que sirve a una cierta concepción del poder. Luego volveré sobre las caracterizaciones del populismo chavista, proponiendo una hipótesis para comprender las relaciones entre ambos.

Voy a partir de dos consideraciones cuya breve discusión es necesaria para establecer algunos supuestos sobre los que desarrollaré mis comentarios. El primero tiene que ver con la periodización del régimen del presidente Chávez a partir de su victoria electoral en 1998. El segundo se relaciona con el punto de vista de la descripción o análisis: hay, desde luego, una notable

diferencia entre la autodenominación, o la descripción que de sí mismo hace el chavismo, y la heterodefinición, o la serie de categorías con las que se le describe "desde afuera".

Con respecto a la periodización, es preciso subrayar la obviedad de que los siete años de gobierno de Hugo Chávez han sido testigos de distintas configuraciones políticas y discursivas. El análisis permite hacer aparecer varias etapas o momentos diferenciados; como escribían en 2001 Gómez Calcaño y Arenas (Gómez Calcaño y Arenas, 2001), las primeras avenidas del gobierno de Chávez se bifurcaban entre la heterodoxia económica dentro de una pretensión modernizadora de la gestión pública, y los rasgos de cierto populismo autoritario de vocación hegemónica, en una atmósfera en la que los cambios constitucionales dejaron básicamente intacta la estructura liberal del Estado, aunque sí funcionaron simbólica y políticamente para demarcar un momento de ruptura, un momento fundacional, que distinguiría radicalmente el pasado del presente, cumpliendo así con la precondición de toda revolución. Tal sería el puente con lo que comienza a ocurrir a partir del año 2003, cuando se atraviesa un umbral ideológico fundamental y se reduce la ambigüedad conceptual del discurso recurriendo progresivamente, cada vez más, al diccionario revolucionario de la izquierda tradicional. De hecho, sólo a comienzos de 2005 se oficializa la expresión "socialismo del siglo XXI" con la que se pretende resumir este viraje. Lo que conviene destacar es que a partir de cierto momento, coincidente con las crisis políticas de 2002, el gobierno entiende el ejercicio del poder como una lucha que se libra cada vez más en el plano ideológico. Debo mencionar la inmensa deuda que estas ideas tienen con los trabajos y las ideas de Ricardo Sucre, quien ha insistido en subrayar la construcción compulsiva de una arena ideológica en la que Chávez se halla embarcado (Sucre 2005). Habríamos entrado así bajo el imperio de la pura ideología, tal vez el reino de la muerte definitiva de la política.

Ligado al tema de la periodización está por supuesto el segundo aspecto, el que tiene que ver con las autodefiniciones y las heterodefiniciones. En el caso venezolano, la diferencia entre unas y otras es también un objeto ideológico, en la medida en que la sociedad ha ido elaborando una taxonomía extremadamente confusa de las intenciones del régimen, en la que se puede encontrar todo el espectro de las desviaciones políticas: tiranía, totalitarismo, autocracia, monocracia, militarismo, autoritarismo competitivo, fascismo, despotismo, cesarismo. Ello, por supuesto, en estricta correlación con el inconfundible aroma postmoderno del ya largo episodio chavista, que radica precisamente en esa capacidad proteica, en ese deslizamiento perpetuo en-

tre las fronteras de una democracia imperfecta y los territorios oscuros de aquellos extravíos políticos, mientras en el plano de las declaraciones se han evitado las definiciones políticas, al menos hasta, como decíamos, el umbral de 2003.

Ideología y muerte de la política

El momento actual del proceso político venezolano puede caracterizarse, decíamos, como el de la consolidación ideológica y esto significa, efectivamente, emprender una logomaquia, una lucha por el significado de ciertos términos, o en palabras de Javier Fernández Sebastián, pelear por el "derecho a definir" (Fernández Sebastián, 2002). Implica también la construcción de una geografía ideológica con una serie de coordenadas y referencias específicas con capacidad de organizar el heterogéneo universo chavista, hasta ahora disperso. Un idioma común debe fabricarse para precisamente instalar el espíritu unitario, la unidad de pensamiento y la unidad de acción, que, como veremos luego, constituye un valor superior dentro del discurso de Hugo Chávez.

He dicho "debe fabricarse" porque justamente es una tarea que apenas empieza. A mi modo de ver, no hay en este ámbito un prediseño, un plan deliberado que apenas ahora se estaría develando. Creo que aquí vale lo que el historiador Quentin Skinner llama la "mitología de la coherencia": a pesar de la ambigüedad del propio presidente Chávez al respecto, siempre sugiriendo que hay una fatal voluntad planificadora detrás de cada ejecutoria del gobierno, la priorización de lo ideológico es reciente, y está ligada a las vicisitudes de la experiencia de gobierno, a las circunstancias de la maduración de esta experiencia. Quizás su acta de nacimiento es el célebre *Nuevo mapa estratégico* de noviembre de 2004, que yo me atrevería a sugerir debería conocerse como el *Evangelio según Marta Harnecker*[1] y que es sin duda el documento público que, hasta ahora, mejor resume la última versión del programa político del régimen.

Uno de los rasgos más prominentes, si no el más obvio, del gobierno de Chávez ha sido el progresivo borramiento de la distinción entre las distintas esferas de la vida pública y con ello, la disolución también entre lo público y lo privado, o entre lo institucional y lo personal, mediante la creación de una serie casi infinita de espacios de enunciación. La revolución es esencialmente "mediática" y espectacular[2]. Cualquiera que desee reconstruir los propósitos, los planes o intenciones del gobierno, deberá acudir a una multiplicidad de

fuentes: desde los mensajes a la Nación, las innumerables e intempestivas alocuciones presidenciales, sus comparecencias ante la Asamblea o la Gaceta Oficial, hasta las declaraciones informales a la prensa, pasando por la gran tribuna semanal del programa de televisión *Aló, Presidente*. Se esperaría así encontrar otra tanta diversidad de estrategias retóricas y de una correspondiente jerarquización de los contenidos discursivos, pero por el contrario, se encontrará que sólo hay una voz ocupando todos esos espacios, y que esta única presencia es la garantía de la validez comunicativa de dichos espacios, con independencia de la diversidad de contextos, o de la importancia o relevancia política de lo que se comunica.

Por ello, la puesta en circulación del *Nuevo Mapa Estratégico* tiene una importancia ideológica en sí misma, mostrando la voluntad de asentar el diccionario del chavismo y convertirlo en la *lingua franca* del discurso colectivo. Que sea Marta Harnecker (la autora de aquel libro *ad usum delphini* que prometía el desentrañamiento sin dolor de los arcanos del marxismo) la encargada de producir esta pieza, es también significativo, no sólo por el explícito gesto de entrega a las aguas lustrales de la vieja izquierda internacional, sino por la estructura versicular que el texto presenta. Tiene la retórica del testigo presencial, que traduce ante el papel y la perennidad los dichos evanescentes de un líder que predica, siguiendo un dispositivo narrativo de predominio de la oralidad[3], con lo que se acentúa, ambiguamente, la provisionalidad o maleabilidad del texto.

Al leerlo es claro que no se trata de un texto doctrinario, y en ese sentido hay que hacer una diferencia entre doctrina e ideología, para lo cual conviene recurrir a la obra de Hannah Arendt (Arendt 1994, pp. 166-172). La ideología no sería doctrina puesta al servicio de un enmascaramiento de la realidad, sino que, según Arendt, es en sí misma un tipo de discurso con reglas de formación propias. Se trata, literalmente, de la "lógica de *una* idea", subrayando *una*. Su objeto es la historia; se trata siempre de una idea sobre la historia, lo que conduce a que la ideología trata no de lo que *es* sino de lo que *va siendo*. Las doctrinas políticas, evidentemente, son susceptibles de contestación, de crítica racional. Las ideologías crean en cambio una lógica que les es propia e inconmensurable. Y dice Arendt que se pueden distinguir tres rasgos o reglas de formación de las ideologías: a) prometen "explicar todos los eventos históricos; prometen la explicación total del pasado, el total conocimiento del presente y la previsión cierta del porvenir"; b) crean una ontología paralela, es decir, apelan a una realidad más "verdadera" que la realidad de la experiencia, lo que quiere decir que la experiencia queda disminuida; la realidad sensible,

la de todos los días, será solamente la máscara, la superficie írrita de otra cosa que es la verdadera realidad cuyo sentido sólo aparece a los que tienen la conciencia, el conocimiento que se desprende de luchar *contra* la propia experiencia; c) las ideologías establecen un orden axiomático que logra desprender rigurosamente una serie de consecuencias de una única premisa, con lo que presentan una coherencia lógica que no se encuentra en ninguna parte de la realidad y que tiene una potencia fascinante.

El punto de partida y lo que hasta ahora parece ser una línea profunda, pero vacía, del pentagrama ideológico del gobierno chavista es, naturalmente, el "bolivarianismo". Digo que se trata de una línea vacía porque precisamente carece de otra cosa que no sea lo que Carrera Damas ha llamado el culto a Bolívar, a sus dichos y hechos, sin que de allí derive un cuerpo doctrinario básico reconocible dentro de las referencias contemporáneas: cada una de las citas que se hace de los textos de Bolívar puede ser incorporada a cualquier estrategia discursiva que se desee, como efectivamente lo ha sido a lo largo de la historia republicana venezolana. Es ideológico este culto a Bolívar, convertido en auténtica "ideología de reemplazo", como aptamente la bautiza Carrera Damas (2005), en la medida exacta en que no está en cuestión la doctrina bolivariana sino su uso al servicio del proyecto político de turno. Carrera identifica la versión chavista del bolivarianismo como un grado superlativo de recuperación de una estrategia que es "utilizad[a] abiertamente como marco ideológico legitimador del segundo intento de establecer un régimen dictatorial militarista, pero esta vez apoyado en las prácticas democráticas pervertidas, mediante el uso demagógico y autocrático del poder, y envuelto en una vigencia más aparente que real de las formas constitucionales" (2005, pp. 30-31). La cuestión importante, en este contexto, es por qué se produce el deslizamiento hacia una versión "socialista" de Bolívar, que tiene antecedentes, fundamentalmente, en el crudo empleo que la revolución cubana ha efectuado de la figura del Libertador, justo para, en palabras de Carrera Damas, "eludir la dificultad de definir el socialismo(...). La versión castrista del bolivarianismo es reveladora de la pobreza ideológica de la revolución cubana" (pp. 45-46).

Aquí hay una doble afirmación que vale la pena subrayar: por una parte, el ya mencionado recurso a Bolívar como legitimador, y por otra, la idea de que el régimen cubano ha efectuado la misma operación, mostrando que el tejido doctrinario sobre el que se asienta el socialismo cubano no tiene potencia política para explicar la conexión del marxismo-leninismo con el universo latinoamericano, y la figura de Bolívar (como la de José Martí) es la llamada

a establecer un sentido histórico de continuidad y un horizonte uniforme de interpretación de la política latinoamericana. La idea de una revolución militar que restaura al bolivarianismo y lo proyecta hacia el futuro es central en el Bolívar chavista, como lo muestra sintéticamente la siguiente frase que se halla en el *Nuevo Mapa Estratégico*, versículo 124:

> 124. *Luego, a los pocos años estaba cayendo Sucre en Berruecos. "¡Ay, balazo!" y Bolívar en Santa Marta: "He arado en el mar." Pero no importa, hicieron algo grande. Cumplieron la primera etapa de la jornada. Luego vino el frío, se congeló todo, y luego la resurrección y aquí estamos nosotros, pero en la misma larga batalla* (aplausos).

Así como esta cita muestra la suspensión del tiempo a la que hace referencia Arendt, se podría encontrar una infinidad de menciones al pensamiento u obra de Bolívar que ejemplifiquen el carácter de "mayor realidad" atribuido a la doctrina bolivariana, o la estructura axiomática que se le concede. Sin embargo, el protagonismo del bolivarianismo ha ido disminuyendo en favor de la incorporación del léxico de un difuso "socialismo del siglo XXI": a la ideología de reemplazo parece que le ha acontecido un reemplazo de ideología. Antes de examinar más de cerca algunas claves para caracterizar este fenómeno, conviene apuntar hacia la idea de orden político de Chávez, considerando que, como he dicho antes, puede verse la exacerbación ideológica como un intento de extirpación de la política, en el sentido de que tiene por objeto realizar la consolidación *unitaria* del régimen excluyendo diferencias, disidencias, diversidades políticas.

Sucre (2005), mediante un refinado análisis de contenido de ciertos mensajes presidenciales, aísla lo que podría ser el ADN de la concepción de la política de Chávez; el aminoácido fundamental de este ADN es la concepción del orden orgánico como sostén de la unidad y homogeneidad del poder. A esta idea matriz se le subordina todo el resto de los valores políticos, y hay allí una contradicción tremenda, porque es precisamente el privilegio de la unidad, de la unión, lo que corroe el concepto de lo político y de la política, si los entendemos como el ámbito de transacción de las diferencias entre los miembros de una sociedad. Sucre lo dice así:

> *La diferencia crea temor; el pluralismo, el miedo del desorden, del caos, de la anarquía que producen rechazo en el Jefe del Estado. Para este, en las diferencias –mayormente económicas– nace el conflicto político* (p. 121)

Y el conflicto, la heterogeneidad, la contradicción, que es lo esencial en la política, es aquello que, por lo visto, debe evitarse por el bien de la República. Toda la red de valores políticos se articula en términos de su relación con la idea de unión: de allí la re-centralización y el juicio acerca de los peligros de la descentralización; el Estado como fuente emanadora y central del poder; la progresiva indiferenciación entre sociedad y Estado; la idea de República, muy bodiniana, como orden; la idea de libertad como aquello que atenta contra la unidad; la solidaridad como acción homogeneizadora; las diferencias (sociales, económicas o ideológicas), como peligros para la República; la igualdad –el igualitarismo, de hecho– como valor supremo. Sucre afirma que es en este núcleo fundacional en que se sostiene la incorporación del socialismo y del nacionalismo desarrollista que adornan al bolivarianismo chavista[4].

Debo subrayar que se trata, según entiendo, de un orden orgánico en el sentido de que supone una estructura de diseño, por así decirlo; no es en modo alguno un orden espontáneo ni tampoco un orden geométrico; es una concepción "biológica" del orden, más bien (y en ese sentido sólo predecible a grandes rasgos sin que pueda apostarse a su configuración final), con el Estado como un gigantesco sistema nervioso central que ordena y controla. De aquí se deriva un modelo de sociedad funcionalizado, con órganos que cumplen distintas funciones, y esto se relaciona con el énfasis, cada vez más compulsivo, en la idea de organización popular, entendiéndola como el proceso de formación de órganos de gobierno y de ejercicio del poder articulados con el encéfalo, el Estado central, mediante una serie de "leyes inexorables". Sucre demuestra en su trabajo cómo las leyes en la concepción de Chávez son efectivamente palancas del poder, sistemas de causa-efecto; las leyes no tienen primordialmente por objeto la protección de los derechos y el establecimiento de los límites entre las distintas esferas públicas, sino que son instrumentos del poder, largas neuronas que mueven los órganos del poder.

Ahora bien, como mostró Castro Leiva (1990), la unión no es sólo una aspiración bolivariana ni en sí misma ni según Chávez; es también una obsesión nacional[5]. Esto trae consecuencias interpretativas, puesto que este núcleo magmático de la ideología chavista coincide con una capa profunda de nuestra conciencia pública.

El objetivo entonces de esta vertebración ideológica en la que se halla empeñado el gobierno es la unidad, la homogeneidad, pero también la coherencia con el mundo exterior. La arena ideológica funciona igual que aquel otro Coliseo, con luchas de gladiadores y leones devorando víctimas elegidas: se trata también de desplazar la lucha política (que implica institu-

ciones, fuerzas y sobre todo diferencias, heterogeneidades, incertidumbres) para sustituirla por la hegemonía simbólica y la formación de una identidad cultural dominante. Véase la siguiente mención, en *Aló Presidente* 251, de abril de 2006:

> *Bueno, hace un rato hablábamos de esto, de la conciencia nacional y de la importancia de afincarnos sobre esa conciencia, bueno, sobre ella afincar la voluntad nacional. Y sobre esa voluntad nacional, la línea estratégica, la concepción estratégica, y sobre esa concepción estratégica el proyecto nacional. El Proyecto Nacional debe tener varios componentes, recordemos: la estrategia, la estrategia es cómo hacerlo, cómo hacer algo; la política qué hacer, qué vamos a hacer; y el poder nacional con qué hacerlo. Las tres cosas forman un triángulo indisoluble. ¿Qué es lo que hay que hacer?, ¿cómo lo vamos a hacer? y ¿con qué lo vamos a hacer? Porque una cosa es querer y otra cosa es poder. De allí que Venezuela se levante ahora, con una voluntad, con una conciencia, con un poder nacional, una estrategia nacional y con un proyecto nacional* (p. 95)

El socialismo como devenir

La discusión acerca del "socialismo del siglo XXI" –o socialismo a secas, en realidad– debe llevarse a cabo en el contexto formado por las consideraciones anteriores, en especial el asunto de la constitución de una identidad política para el chavismo. Hay que empezar por notar que las menciones al socialismo en relación con la revolución bolivariana van acompañadas de la "invención de una tradición", según la feliz expresión de Anderson (1983), que atribuye al adolescente Chávez un contacto consuetudinario con el rancio comunismo de provincia, y alguna instrucción ideológica dentro del campo de la izquierda a expensas de su formación militar; a ello contribuyó la serie de entrevistas que Harnecker publicó en 2002 bajo el título: *Un hombre, un pueblo*[6]. Antes de esa fecha no hay registro de una orientación de izquierda doctrinaria en Chávez[7]. De la biografía se pasó insensiblemente a la historia de tal modo que es en general la revolución bolivariana la que es de origen socialista, y el mismo Bolívar adquiere el adjetivo. Un texto reciente firmado por Roland Denis, ex viceministro de Cordiplan, comienza precisamente recordando el "pecado original del chavismo":

> *Ni el chavismo ni la "revolución bolivariana" son fenómenos políticos nacidos desde un lugar de izquierda, ese es su pecado original. Nacen en la rebelión de las calles, en las insurrecciones de los cuarteles y no desde la decisión racional de una vanguardia o bloque político de izquierda que empuja un proceso revolucionario hacia su victoria* (Denis, 2006).

Las razones para la irrupción del vocabulario del socialismo son de orden pragmático, por así decirlo. En primer lugar, permite establecer una conexión crucial con la alianza política, económica y estratégica con el régimen cubano y se alimenta de ésta. Luego, opera como una plataforma internacional que conecta los eventos en Venezuela con una lógica supranacional y hasta epocal, dada la agitación política de Occidente, y resulta en una ventana de oportunidades para la consolidación del proceso político en lo interno y en lo externo; y finalmente, obedece a dinámicas propias de los movimientos que forman la aluvional base militante del chavismo, entre los que la ortodoxia de izquierda, salida de su letargo a partir de 1992, ha conservado cierta preeminencia a pesar de las tensiones que ello causó durante los primeros años de gobierno.

Sin embargo, además de estas tensiones que presionaron en la práctica a Chávez para incorporar la gramática del socialismo a su proyecto político, se hace evidente, por la propia necesidad de unificación del poder en la que Chávez deposita toda la eficacia política del Estado, que el marco conceptual del socialismo viene a soportar muy bien el peso del momento de consolidación que el gobierno estima que está ocurriendo. El punto en el que se ha centrado el problema del advenimiento del socialismo a la panoplia bolivariana es, evidentemente, el de la estructura de la propiedad, lo que a mi modo de ver no es el único punto importante. Pero el caso es que tanto en el *Nuevo Mapa Estratégico* como en otras fuentes, más informales, se sostiene que la propiedad privada será respetada, pero coexistiendo con un modelo, no especificado aún, de propiedad colectiva en el que propietarios y gobierno se funden. Por ejemplo, en el programa *Aló Presidente* 251, de abril de 2006, afirma el presidente Chávez:

> *Entonces nosotros compramos el ganado, ¿y a quién se lo transferimos en forma de cooperativa y de propiedad colectiva? A todos los que aquí se quedan, ¿ves?, ya el ganado no es ajeno sino que es de ustedes mismos, junto con el Gobierno, ¡esa es la idea!, desarrollo para todos* (p. 9)

> *...ya que hay un estudio y una recomendación que ha hecho el INTI sobre el uso de cada uno, en algunos vamos a instalar unidades estatales de producción, porque es una combinación, eso es el socialismo.* (p. 93)

Por ahora, el modelo parece contemplar tres formas de propiedad: la puramente estatal (empresas del Estado); la propiedad colectiva y la propiedad privada[8]. La primera es la única que puede conocerse con certeza, porque la idea de propiedad colectiva no tiene hasta ahora un correlato jurídico definido y, por otra parte, la propiedad privada de los medios de producción sigue permanentemente bajo sospecha.

En realidad, no abundan las definiciones positivas de lo que sería el socialismo chavista; por el contrario, la carga de la prueba está siempre en las definiciones negativas, dejando un amplio margen de maniobra para lo que en términos psicológicos llamaríamos la proyección. Se trata siempre de ser anticapitalista, antiimperialista, antineoliberal, lo que no es igual, evidentemente, tal como se revela dentro de las facciones intestinas de la izquierda radical internacional, en la que se están produciendo discusiones acerca de las prioridades de lucha en el contexto político internacional que determinan distinciones claras entre estos conceptos (Harnecker, 2005). En lo doméstico, el chavismo se conforma con una polarización muy gruesa que traza una línea entre el bien y el mal, llamando al primero socialismo y al segundo capitalismo. La frontera es sumamente rígida, a tal punto que Chávez rechaza explícitamente la idea de un capitalismo de Estado:

> *El caso de las semillas, ya sabemos que Pequiven suministra el fertilizante, se elimina el intermediario, eso es muy importante: directo de Pequiven a la CVA, y la CVA directo al productor, no hay intermediarios, y nosotros no vamos a ganar sino para los gastos mínimos de operación de ese proceso, pero no queremos hacer dinero, ni volvernos ricos, esa es una de las diferencias del capitalismo con el socialismo. Esto es socialismo. Los que siguen preguntando por ahí: ¿y qué es eso del socialismo, que Chávez anda por allí con una idea? Esto es socialismo y el otro, el de los intermediarios que se ganan una buena tajada, es el capitalismo, el otro es el capitalismo de Estado, el Estado explotando a los ciudadanos, en este caso no, tampoco, estamos creando un capitalismo de Estado, el Estado es para la transformación social, para darle la mayor felicidad a nuestro pueblo, Simón Bolívar dixit por aquí pa' bajo en el Orinoco un día* (*Aló Presidente*, 251, p. 70).

Lo relevante, a mi modo de ver, en la dinámica de incorporación del socialismo al cuerpo chavista, es lo opuesta que se halla a la visión cientificista y materialista del marxismo. El socialismo no es sólo, en este léxico del chavismo, un sistema económico ni una opción (entre muchas) de arreglo societario, sino que exhibe ambiciones metafísicas. Es un revelador de la verdad humana que opera suspendiendo el tránsito histórico. Con ello reencontramos el tema de la ideología como eternidad y su invulnerabilidad ante las vicisitudes de la realidad, y puede anticiparse que esta concepción traerá consigo tensiones con definiciones alternativas de socialismo que obligarán a una nueva decantación ideológica y doctrinaria del chavismo en un futuro cercano.

El populismo como frágil plataforma

Introduzco ahora otra perspectiva, que ya no se articula sobre la autodefinición del chavismo sino que precisamente lo descubre como algo distinto de lo que pretende ser. Ha habido, desde las primeras reflexiones en torno al fenómeno Chávez, un énfasis en el carácter populista de su concepción política. Los adjetivos con los que el discurso chavista se califica a sí mismo resultan, en esta perspectiva, irrelevantes: más allá de la revolución, el socialismo y el nacionalismo estaría el populismo, como una argamasa que junta lo disímil y crea un nuevo material ideológico y práctico, que sin embargo, no es adoptado por quien lo produce, como muestra la queja del presidente Chávez:

> *Entonces, ese programa es muy bonito, la Misión Madres del Barrio. En el neoliberalismo eso ni pensarlo, ¿por qué? Porque ahí lo atacan... por eso me dicen a mí "populista", ¡ah!, éste es un populista porque está repartiendo dinero al pueblo. ¡Ah!, populista. Es la forma de satanizar a los que de verdad estamos empeñados en cuerpo y alma a ayudar a salir de la pobreza a las mayorías de nuestros pueblos y no a favorecer a las élites* (*Aló Presidente,* 251, p. 74).

El populismo es un *modo de decir*, no una estrategia política, porque su objeto es la construcción de un sujeto/objeto político, o más bien de una identidad política que adjudica al "pueblo" esa doble función. Pero lo clave es que tal identidad es, en efecto, una identidad democrática, una representación que corresponde al imperativo de soberanía popular que está en el ideal de toda democracia. El populismo es una suerte de exacerbación hiperdemocrática

que viene a desarrollarse precisamente en medio de la decepción; en la medida en que el ejercicio del poder es visto con distancia, como una práctica irrelevante para la vida cotidiana, el populismo se fortalece con la puesta en escena del poder "al alcance" del pueblo[9]. Y ello es consistente con las evidencias de que Chávez ha construido la revolución como un masivo *happening* que juega con las representaciones de la felicidad social contenidas en el imaginario anti-sistema[10]. Más que intentar una taxonomía de los síntomas del populismo y las dificultades definicionales (para un resumen reciente del estado del arte en esta discusión, ver Canovan, 2004 y Arenas, 2006), lo que hay que considerar es el modo en que se articula con el nuevo "momento hiperideológico".

En efecto, lo que resulta muy característico del caso venezolano es que el recurso al registro ideológico del socialismo "genérico", no adjetivado aún, viene a constituirse como un intento de *institucionalización* del movimiento político que sostiene al gobierno chavista. Como resume limpiamente Fieschi (2004), hay tres rasgos elementales que pueden ser aislados en la caracterización de un régimen populista: a) la valorización del pueblo en contraste con la de la élite. No se trataría solamente de una apelación romántica a un sujeto universal, sino que el valor estructural de la categoría "pueblo" se construye por su oposición a la política de las élites; b) el populismo crea una realidad institucional paralela y en muchos casos exterior y contradictoria con los canales institucionales del Estado. Se trata de ofrecer al pueblo mecanismos e instancias de expresión al margen de las instituciones, conservando así intacta su fuerza anti-sistema aún siendo parte del orden al que subvierte; c) el igualitarismo aparece como el valor central, en oposición al elitismo de la política "normal", y se entronca con una emocionalidad característica.

Esta apretada síntesis luce como un retrato hablado de las ejecutorias del gobierno de Chávez, parte de cuyas líneas políticas están contenidas en la Constitución de 1999 con sus instituciones de democracia "anfibia" (como diría Bobbio), injerto de formas representativas y de democracia directa, y con la enunciación de una serie de mecanismos de organización popular que compiten con lo que en el discurso constitucional chavista suele llamarse "poderes constituidos". Del mismo modo pueden considerarse, por ejemplo, las iniciativas del Ejecutivo en cuanto a política social, cuyos programas, diseñados como estructuras paralegales y parainstitucionales y bautizadas como maniobras militares, escapan al control presupuestario y de ejecución que debe ejercer constitucionalmente el poder legislativo, y están sujetos a la discrecionalidad financiera y programática del gabinete y del presidente (Espa-

ña, 2006). Este esquema de superposición de programas, unidades ejecutoras, centros de decisión e instituciones informales ha sido por otra parte descrito como uno de los rasgos del Estado "dual" del régimen nacional-socialista (Fraenkel, 1941), y, si bien permite la articulación de la acción del gobierno con la figura presidencial evadiendo las mediaciones institucionales y la posibilidad de balances de poder, se revela al mismo tiempo como muy limitado en su acción efectiva, tal como muestran las cifras globales de desempeño económico y social de esta administración[11].

La irrupción abierta del vocabulario socialista a partir de 2005 va dirigida, entonces, a promover la *formalización e institucionalización* de las estructuras de gobierno *sin que* ello suponga la recuperación de un orden político plural y diversificado que renormalice la relación entre el Estado y la sociedad, sino que, por el contrario, se conforme a la pulsión centralizadora y la noción unitaria del poder que está en la base de la concepción política del presidente Chávez. Un ejemplo palmario lo constituye la recientemente aprobada Ley de los Consejos Comunales (www.asambleanacional.gov.ve), que, fundamentalmente, va dirigida a instituir las estructuras del poder popular que antes aparecían desdibujadas como organizaciones espontáneas o partidistas, es decir, como formas de organización de la sociedad civil (círculos bolivarianos, unidades de batalla electoral, etc.), mientras que esta ley las convierte en instituciones del Estado, directamente dependientes de la Presidencia de la República a través de la Comisión Nacional Presidencial del Poder Popular, previendo mecanismos de financiamiento público y convirtiéndolos en órganos ejecutores de las políticas públicas diseñadas por el poder central. El progresivo borramiento de los límites entre la sociedad civil y el Estado supone así una estrategia de control y unificación de los procesos de "empoderamiento" que habían sido estimulados por la eclosión inicial de expresiones populares más ligadas al entusiasmo espontáneo y al trabajo social de organizaciones de base que a una adhesión vertical al proyecto político de Hugo Chávez. Sucre (2005) resume esta relación así:

> *El empoderamiento del pueblo es relativo. Hay un uso instrumental del pueblo: para legitimar un determinado orden. Hay una preocupación hacia el pueblo, pero con propósitos instrumentales al buscar sea la base política "del proceso". Hay un "empoderamiento dirigido"* (p. 85)
> *Es la idea del empoderamiento, pero primero al gobierno. Lo que el Jefe del Estado quiere decir es que para empoderar a los pobres, primero hay que empoderar al gobierno. Es el gobierno que empodera a la sociedad*

> *y no al revés. Esta no se apodera del Estado, sino éste de la sociedad para, en su visión, liberarla. Un "empoderamiento de segundo grado" y, como se dijo, instrumental. Existe una cierta visión de minusvalía hacia el pueblo. Se le quiere libre, pero atado a un proyecto político. Se busca su autonomía, no su capacidad de elección. Un pueblo al que se elogia, pero que todavía mantiene su carácter de receptor* (p 95).

Curiosamente, una confirmación directa de lo sintomático que ha llegado a ser este conflicto de límites entre sociedad y gobierno la proporciona Ernesto Laclau (2006), quien, en un reciente artículo en el que evalúa como casi fatalmente necesario al populismo chavista, reconoce sin embargo como peligrosa la tensión entre la movilización popular y la naturaleza del liderazgo populista, aunque esta clarividencia no le alcanza para observar que ésa es exactamente la situación que subtiende al desgaste y parálisis que está sufriendo el gobierno de Chávez, así como de la torsión hacia un lenguaje político "socialista". Laclau resume su tesis sobre el chavismo de este modo:

> *Es decir que cualquier avance [en Venezuela] demandaba un cambio de régimen. Pero para lograrlo, era necesario construir un nuevo actor colectivo de carácter popular. Es decir que, en nuestra terminología, no había posibilidad alguna de cambio sin una ruptura populista. Ya hemos señalado los rasgos definitorios de esta última, todos los cuales están presentes en el caso chavista: una movilización equivalencial de masas; la constitución de un pueblo; símbolos ideológicos alrededor de los cuales se plasme esta identidad colectiva (el bolivarismo); y, finalmente, la centralidad del líder como factor aglutinante. Éste es el factor que más polémicas despierta en el sentido de las presuntas tendencias en Chávez a la manipulación de masas y a la demagogia* (p. 60).
> (...)
> *Lo que sí constituye una legítima cuestión es si no hay una tensión entre el momento de la participación popular y el momento del líder, si el predominio de este último no puede llevar a la limitación de aquélla. Es verdad que todo populismo está expuesto a este peligro, pero no hay ninguna ley de bronce que determine que sucumbir a él es el destino manifiesto del populismo* (p. 60-61).
> (...)
> *Ahora bien, en la experiencia venezolana no hay indicios que nos permitan sospechar que una tendencia a la burocratización habrá de pre-*

> *valecer. Por el contrario, a lo que asistimos es a una movilización y autoorganización de sectores previamente excluidos, que ha ampliado considerablemente las dimensiones de la esfera pública* (p. 61).

Conclusión: entre el decir y el hacer

He querido mostrar la relación de continuidad y al mismo tiempo, de tensión, entre la caracterización populista del régimen de Hugo Chávez y la exacerbación ideológica que recurre a la multiplicación de las categorías políticas del socialismo y al afianzamiento de una identidad política orientada por esta tradición, entendiéndola como una respuesta estratégica del gobierno chavista ante las fragilidades en que la postura populista coloca el éxito político, precisamente debido al bajo grado de institucionalización que es propio del populismo. De cierta manera, el mensaje contenido en este giro ideológico es que la consolidación del proyecto chavista exige abandonar las tácticas "evolucionistas" que confiaban en que a partir de un amplio universo de iniciativas pudiera irse decantando una identidad política definida y apropiada para las condiciones venezolanas; por el contrario, la nueva situación parece más signada por la propensión a usar fórmulas ortodoxas probadas en otros procesos políticos, especialmente el cubano y el chileno allendista, disminuyendo el grado de experimentación social, de iniciativas novedosas en términos de gestión pública y de organización social, y aumentando el control del gobierno y del aparato militar sobre los distintos ámbitos de la vida social, hasta identificar, en definitiva, lo social y lo estatal. Si bien la estridencia del discurso presidencial ha sido la mayor manifestación de este giro, es evidente que la etapa de consolidación del proyecto está exigiendo una traducción de ese discurso al plano de los hechos, de las ejecutorias y de las instituciones.

Notas

1 Marta Harnecker, conocida escritora chileno-cubana, sirvió como relatora de la versión pública del documento *Nuevo Mapa Estratégico*, que recoge las intervenciones del presidente Chávez durante las deliberaciones de los más prominentes miembros del gobierno y del Movimiento Quinta República (MVR), realizadas en Caracas durante el 12 y 13 de noviembre de 2004.

2 Según Antonio Pasquali, para agosto de 2005 el gobierno de Chávez había construido un emporio comunicacional a su exclusivo servicio: "el régimen alinea hoy: 1º cuatro televisoras nacionales e internacionales ideológicamente sincronizadas, VTV, Vive TV, ANTV y Telesur (con sus 45 repetidores, VTV es hoy la de mayor cobertura) respaldado desde 2002 por 25 televisoras para-públicas comunitarias; 2º un número en constante crecimiento de Radios (la sola RNV cuenta hoy con 11 repetidoras en AM y 32 en FM) próximas a copar la mitad del dial nacional, respaldado desde 2001 por 146 Radios para-públicas comunitarias/alternativas; 3º un enjambre de medios impresos en que destacan *Vea* o *A Plena voz* más 72 periódicos para-públicos comunitarios; 4º, una multitud de sitios web, oficiales y para-públicos, en que figuran 24 de gobierno y 66 de "alternativa bolivariana" , estos últimos ocasionalmente repetidos por 62 sitios latinos y al menos 20 internacionales" (Antonio Pasquali: "Las comunicaciones del régimen", *El Nacional,* 28.08.2005, p. A/9).

3 Ver al respecto Walter J. Ong, (1994), *Oralidad y escritura,* México, Fondo de Cultura Económica.

4 Otro ejemplo muy reciente, extraido del programa *Aló, Presidente* 251, en la transcripción disponible en www.alopresidente.gob.ve: "Venezuela es una sola, no se parte en pedazos; y el Estado nacional, y las autoridades son... tienen la misma jerarquía, el mismo peso jurídico y político aquí en San Pablo Paeño, aunque sea privado, que en la Plaza Bolívar de Caracas, no hay diferencia, es una sola Patria, es un solo territorio, es una sola nación" (p. 36). Y más adelante: "Unión, unión, unión" (p. 56).

5 Ver mi comentario a este texto en Capriles (2006).

6 Varios autores (ver Trinkunas 2002) que se han interesado en la historia de la dinámica de las Fuerzas Armadas venezolanas, la política militar durante el período democrático y en la historia de las logias militares entre las que se cuenta el MBR-200 al que perteneció Hugo Chávez, coinciden en señalar que había cierta fluidez en las relaciones entre estos grupos y algunos grupos subversivos sobrevivientes de la guerrilla de la década del 60, especialmente el Tercer Camino de Douglas Bravo, con lo que pudiera admitirse un contagio ideológico que sólo ahora estaría haciendo eclosión. Sin embargo, lo crucial es que la identidad del MBR-200 se fundamentó siempre en su carácter militar y en el culto bolivariano, sin que se reivindicara explícitamente contacto alguno con el ideario de la izquierda marxista.

7 La biografía más documentada y orgánica de Hugo Chávez, compuesta por Alberto Barrera y Cristina Marcano (2004) indaga sobre la juventud de Chávez

a través de testimonios de quienes le rodearon, y no detecta pruebas de una formación ideológica sistemática.

8 En *Aló Presidente* 251, pp. 93-94: "El socialismo que nosotros reivindicamos, estamos construyendo, tiene un área económica que es estatal, tipo Pdvsa por ejemplo, pero también producción estatal de alimentos, y también bueno, las Agrotiendas, etc., y otras áreas más, pues, la petroquímica: eso no se puede privatizar, eso tiene que ser del Estado, pero no para enriquecer a la burocracia del Estado, o al jefe del Estado o a los políticos que estamos al frente, no, es para servir al pueblo, para el enriquecimiento del país; es la diferencia del estado capitalista que favorece a una élite, el Estado nuestro tiene que ser social: rumbo al socialismo, para beneficiar ¿a quién? A los más pobres, bienaventurados los pobres, dijo aquel señor, que de ellos será el Reino de los Cielos, pero aquí en la Tierra. Y otra parte de la propiedad, en el socialismo, es colectiva, esto pasa a ser ahora propiedad colectiva, propiedad colectiva, propiedad, primero del Estado, pero cedida para su uso a un colectivo de 29 cooperativas. Ahora, este socialismo que nosotros estamos pregonando y lanzando, no niega la propiedad privada, no la niega, ni siquiera Carlos Marx negó de plano toda la propiedad privada. Eso es mentira. No, que Chávez le va a quitar, al que tenga dos casas le va a quitar una, le va a quitar el segundo carro, el que tenga dos mujeres le va a quitar la segunda. Mentira. Que vamos a tener una sola muda de ropa, un liquiliqui nos va a poner a toditos Chávez y no vamos a tener más ropa. Embuste. El socialismo bolivariano acepta la propiedad privada, eso sí, siempre subordinada al interés colectivo, y que no viole las leyes nacionales".

9 Ernesto Laclau (2005) es quien mejor despliega esta tesis, aunque el desarrollo que propone a partir de este punto de partida le lleva a una transvaloración del concepto de populismo –de cierta manera, estableciéndolo como una especie de régimen transicional– que, naturalmente, no estamos en condiciones de discutir aquí.

10 Algunas reflexiones en apoyo a esta tesis se encuentran en Capriles, 2004.

11 En la página web www.acuerdosocial.org se encontrará abundante apoyo a esta afirmación.

Referencias bibliográficas

ANDERSON, Benedict.1983. *Imagined communities*. London, Verso.

ARENAS, Nelly. 2006. "El proyecto chavista: entre el nuevo y el viejo populismo". *Cuestiones Políticas* (36), pp. 35-69.

ARENDT, Hannah. 1994. *Totalitarianism*. San Diego, Harcourt and Brace.

BARRERA, Alberto y Cristina MARCANO. 2004. *Chávez sin uniforme*. Caracas, Editorial Debate, Random House Mondadori.

CANOVAN, Margaret. 2004. "Populism for political theorists?". *Journal of Political Ideologies*, (9) 3, pp. 241-252.

CAPRILES, Colette. 2004. *La revolución como espectáculo*. Caracas, Editorial Debate, Random House.

_____. 2006. "El vértigo de la Unión". En SERRANO, Arturo (coord.): *Para leer a Luis Castro Leiva*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/ Fundación Konrad Adenauer Stiftung.

CARRERA DAMAS, Germán. 2005. *El bolivarianismo-militarismo: una ideología de reemplazo*. Caracas, Editorial Ala de Cuervo.

CASTRO LEIVA, Luis. 1991. *De la patria boba a la teología bolivariana*. Caracas, Monteávila Editores.

DENIS, Roland. 2006. "La revolución desde la izquierda". *www.aporrea.org*, consultado el 05.05.2006.

ESPAÑA, Luis Pedro. 2006. "Visión socio-económica". Presentación en la reunión anual de VenAmCham, Valencia, 08.02.2006.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier. 2002. "Construir el ´idioma de la libertad´. El debate político-lingüístico en los umbrales de la España contemporánea". *Material inédito, Seminario de Historia de la Fundación José Ortega y Gasset*.

FIESCHI, Catherine. 2004. "Introduction", *Journal of Political Ideologies*, (9) 3, pp. 235-240.

FRAENKEL, Ernst.1941. *The Dual State*. New York, Oxford University Press.

GÓMEZ CALCAÑO, Luis y Nelly ARENAS. 2001. "¿Modernización autoritaria o actualización del populismo? La transición política en Venezuela". *Cuestiones políticas* (26), pp. 85-126.

HARNECKER, Marta. 2002. *Hugo Chávez, un hombre, un pueblo* en http://www.nodo50.org/cubasigloXXI/politica/harnecker24_310802.pdf, consultado el 30.10.2006

_____. 2005. "Ön Leftist Strategy". *Science &Society,* (60) 2, pp. 142-152.

LACLAU, Ernesto. 2005. *La razón populista*. México, Fondo de Cultura Económica.

_____. 2006. “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana”. *Nueva Sociedad* (205), pp. 56-61.

ONG, Walter J. 1994. *Oralidad y escritura.* México, Fondo de Cultura Económica.

REY, Juan Carlos. 2005. *El ideario bolivariano y la democracia en la Venezuela del siglo XXI*. IX Simposio Nacional de Ciencia Política, Centro de Estudios Políticos y Administrativos de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de Carabobo.

SUCRE, Ricardo. 2005. *La concepción de la política en Hugo Chávez: un análisis de contenido 2001-2004*. Caracas, manuscrito en prensa.

TRINKUNAS, Harold. 2002. “The crisis in Venezuelan Civil-Military Relations: From Punto-Fijo to the Fifth Republics”. *Latin American Research Review* (37)1, pp. 41-76.